

## MADRE MARAVILLAS DE JESÚS Carmelita descalza (1891-1974)

*Esta religiosa supo ser dócil a la acción del Espíritu Santo, lo dejó todo, se abrazó con el estado de perfección por la práctica de los consejos evangélicos, y se entregó totalmente a Dios en la práctica de todas las virtudes cristianas hasta el día de su muerte.*

Del decreto de Introducción de la Causa: 8 de Julio de 1980

**D**E los primeros días de su vida religiosa, sabemos por testimonio de sus connoicias, que fue un modelo de todas las virtudes. Sintióse desde el primer momento como el pez en el agua, felicísima y nunca tuvo la menor duda sobre su vocación.

Entró en el Carmelo sin más aspiración que la de entregarse del todo a Dios, cumpliendo con generosidad los deberes de su vida de Carmelita, y si algo especial deseó, fue ser la última de todas, borrarse, desaparecer.

Cuando surgió en su espíritu la idea de la gloria que podría dar a Jesús en el Cerro de los Ángeles un Carmelo, que como lamparita encendida ante el Corazón Divino, se gastase reparando y pidiendo por el mundo entero y muy especialmente por España, la entonces hermana Maravillas, que aún no había hecho su profesión solemne, tuvo que sostener en su corazón una tremenda lucha. De un lado, su profundísima humildad y vacío de sí le hacían ver su incapacidad para semejante obra; por otro lado, el temor de ser infiel a la gracia, que llamaba a su corazón imperiosamente, no la dejaba sosegar.



Al fin, tuvo que manifestar la voluntad de Dios a sus Superiores y, obtenido su consentimiento, comenzó las diligencias para llevar a cabo la fundación. Vencidos todos los obstáculos, el día 19 de mayo de 1924, salió del Escorial con otras tres religiosas y después de subir al Cerro y cantar la Salve a nuestra Señora de los Angeles, se instalaron en una casita en Getafe. Apenas comenzada en Getafe la vida de observancia, la hermana Maravillas hizo su profesión solemne el 30 de mayo de 1924; poco después Dios le salió al paso pidiéndole un nuevo sacrificio, quizá el mayor de toda su vida. El señor Obispo de Madrid deseaba fuese ella la Priora de la nueva fundación. A ésta le sucedieron otras muchas: en total 9 fueron las casas de la Virgen fundadas por nuestra Madre. Por este tiempo recibió gracias místicas, revelándole Jesús que “sus delicias eran estar con los hijos de los hombres”.

Su espíritu de sumisión y obediencia, que fue admirable en las menudencias de cada día, brilló en todo su esplendor cuando se trataba de las ordenanzas o aun simples deseos de los Superiores. Hija fidelísima de la Santa Iglesia, quiso que sus conventos se acomodaran cuanto antes a las reformas litúrgicas y a todo lo que condujera al fin que desea el Santo Concilio, cuando propone a las órdenes religiosas la vuelta a las fuentes y al carisma de sus fundadores.

Siguiendo las sugerencias del documento conciliar *Perfectae Caritatis*, asesorada y dirigida por varios religiosos eminentes en ciencia y virtudes y con la aprobación y bendición del entonces Superior General de los Carmelitas Descalzos, Padre Miguel Ángel de San José, formó la primera asociación de monjas carmelitas descalzas aprobada por la Santa Sede, con el único fin de conservar íntegra y en toda pureza la herencia de la Santa Madre Teresa de Jesús.

Corazón inmenso como las arenas del mar, no cerró sus puertas a nadie y, aunque no buscó, tampoco rechazó a los monasterios que deseaban pertenecer a su Asociación, si aceptaban las condiciones que en ella se pedían.

Realizó en sí misma el ideal que propone el Santo Concilio, cuando al hablar de la vida religiosa la desea “escondida con Cristo en Dios”. Y al no poder dar una idea detallada de todas sus virtudes podríamos resumir su vida en estas palabras: “Vivo yo, mas no yo, sino Cristo vive en mí”.

Espíritu abierto a todo lo bueno, no rechazó lo nuevo por nuevo, ni se aferró a lo antiguo sólo porque lo fuera, sino que supo escoger de lo uno y de lo otro cuanto podía convenir, no solo al adelantamiento espiritual de sus hijas, sino también a la buena marcha de sus conventos. No rechazó los inventos modernos, fruto de la inteligencia y trabajo de los hombres, que supo apreciar y le interesaban sobremanera.

Quiso que sus hijas los emplearan para facilitar su trabajo y darle mayor rendimiento, mas nunca para nada que pudiera debilitar el espíritu de austeridad y pobreza que la Santa Madre Teresa quiso para sus “palomarcicos”.

Fue devotísima de San José y de Santa Teresita. Conoció como pocos la doctrina de los santos Padres Reformadores del Carmelo, que ya cuando estaba en el mundo eran su lectura predilecta, y sobre todo la hizo vida en sí misma y en todos los conventos que fundó.

La Madre Maravillas fue un prodigio de sensatez, de prudencia, de serenidad, de equilibrio, de paz inalterable, en medio de las circunstancias tan complejas en que le tocó vivir y actuar.

La virtud del agradecimiento que admiraron en ella toda su vida, brilló aún más en su enfermedad; agradecía con toda el alma los mínimos servicios; repetía constantemente que no había en el mundo una enferma mejor cuidada que ella, a lo que contestaban sus hijas “mejor cuidadas sí las habrá, Madre nuestra; pero con más cariño imposible”.

Durante su vida había repetido muchas veces a sus hijas: “¡Qué felices somos, no queremos más que lo que Dios quiera!”. Y en sus últimos días repetía con voz entrecortada: “La verdad es que somos felices”.

Es verdad que murió como hija fidelísima de la Iglesia, ofreciendo su vida por ella, por el Papa, por España, por su Orden del Carmen a la que tanto amó y por la Compañía de Jesús, cuya congregación general se estaba celebrando, de tanta trascendencia para la Iglesia. Pero todo esto lo manifestó sencillamente. No dio entonces ningún aviso ni consejo para la conservación de su obra. Lo había dejado dicho con su propia vida.

Ha impresionado a todos el contraste de esta muerte tan sencilla con los hechos que han ocurrido después y que han conmovido a tantas almas. Parece como si Dios tuviese prisa por manifestar al mundo el valor de la humildad.

El siglo que vivió la gran Reformadora del Carmelo necesitaba, sin duda, aquel grito vibrante de Teresa: “En fin, Señor, soy hija de la Iglesia”. Nuestro pobre siglo XX, saturado de palabras, necesitaba el testimonio de una entrega humilde y silenciosa. La Madre calló. La última palabra la ha dicho Dios.

El 17 de diciembre de 1996, nombrada Venerable la Madre Maravillas de Jesús, en presencia del Santo Padre fueron promulgados los decretos; también estaban los ponentes de otras causas, entre ellos el Postulador de su causa, Padre Simeón de la Sagrada Familia O.C.D.

La Madre Maravillas de Jesús fue beatificada el 10 de mayo de 1998 y canonizada el 4 de mayo de 2003. Ambos actos fueron realizados por el Papa Juan Pablo II.